CARTA A ISOBEL

ALFREDO LÈAL

LA ESCRITURA INVISIBLE

EDITORIAL TERRACOTA ET

IV

En la pared del fondo hay un cuadro de al menos tres metros por cinco, enmarcado en madera. En éste, en segundo plano, sobre el pasto mojado de un jardín que se adivina inmenso, un joven duerme con las piernas recogidas, dando la espalda al frente. Lleva pantalón café de pana, camisa arremangada a cuadros rojos y blancos. El rostro, oculto entre sus manos, entre el pasto debajo de su cuerpo. Da la espalda. Tiene el pelo rizado, sucio. A su izquierda, derecha del cuadro y en primer plano, como despertando de un sueño muy profundo, una joven pelirroja de piel casi transparente se estira, está a punto de abrir los ojos a un nuevo día que despierta junto con ella. La tensión de su cuello al estirarse se extiende hasta las manos, donde ambos puños, cerrados indefinidamente, alcanzan el borde superior y lateral derecho de la imagen. Viste pantalón de mezclilla, camiseta blanca de tirantes, donde sus pezones se traslucen rosas, suaves; lleva calcetines grises —que se asoman por el final del pantalón— bajo un par de tenis naranja con breves detalles en azul eléctrico, sin agujetas. Sentada sobre el pasto, sus pies, alineados con los pies descalzos y sucios del muchacho, están uno sobre otro de manera tal que parece estar haciendo equilibrio, como si no hubiera abandonado el espacio del sueño todavía. La imagen está impregnada de un azul violáceo, ese velo que recubre las cosas en las primeras horas del día o las últimas de la tarde. El resto de la imagen es todo pasto, a excepción de la esquina

superior izquierda, donde reposa, estrella de un norte abandonado, el cadáver de un pájaro. La cabeza del ave ha sido separada del cuerpo al parecer con algún objeto punzocortante. Delicadamente. Los ojos del ave, todavía en sus cuencas, resplandecen como dos diamantes diminutos, inmaculados; el pico, cerrado en su tranquilidad inerte y amarilla. No obstante, el cuerpo del animal da muestras de haber sido tasajeado con furia, probablemente con el mismo objeto que le separara la cabeza. Empero, las heridas en el cuerpo del pájaro —huecos con la forma de bocas pequeñitas— no muestran rastros de sangre: de entre los muchos labios que recubren el bulto escurre pintura amarilla que entiesa las plumas porque comienza a secarse. Uno puede suponer, a simple vista, que alguien ha vaciado el cuerpo del pájaro de órganos y vísceras y lo ha vuelto a llenar con pintura amarilla, tal vez con un poco de papel para darle relieve. Podemos intuir, por lo tanto —luego de revisar la escena en conjunto—, por qué el muchacho esconde las manos, y en éstas el rostro, la mirada: trata de ocultarse. Él ha matado al pájaro mientras la joven dormía. Él ha matado al pájaro de una joven que aún duerme. Y eso lo sabemos, lo sabremos sólo nosotros, espectadores. Porque ella no ha terminado ni terminará de despertar. Volvió la mirada: como contagiado por la somnolencia de la joven del cuadro, el hombre se acercaba desde la cocina con un vaso de agua que dejó en las manos del otro, ese que ha vuelto la mirada, que agradeció, se acomodó la ropa. Había estado perdido en el cuadro colgado en la pared del fondo, no pudiendo mirar otra cosa desde que entró a la casa. Ahora su mirada se detenía en la barba del otro hombre, que denotaba una semana o más sin que él se hiciera cargo de ella. Era claro que el cabello tampoco lo había tocado el agua en mucho tiempo. Pero eso no importaba ahora, sentado en un sofá largo que parecía no haber sido usado jamás, llevando hasta sus labios el vaso de agua que el hombre le trajera, lamiéndose los labios… Recordó su cualidad de muerto devuelto por el mar. Se preguntaba si Isobel tendría la más mínima idea de

lo que había conseguido con esa imagen, de lo que había reproducido. El cuadro de los jóvenes sobre el pasto ya comenzaba a desplegar sus redes. Habían bastado unos segundos para que se le quedara en la memoria para siempre. Ahora necesitaba nombrarlo, darle un título, pues estaba consciente de que nunca sabría el título verdadero y de que ello, en verdad, no importaba. Pensó. Se detuvo. Al fin, luego de unos segundos, dijo para sí el título del cuadro: "Canto monofónico". — Isobel no está— dijo el hombre, todavía sin despertar, sentándose en el sillón pegado a la pared, junto a la puerta. Estirándose en actitud de plena confianza —como si el visitante le fuera no sólo familiar sino amigo—, el hombre extendió una bolsa de frituras hacia el sofá que tenía enfrente, donde el otro, solo, inclinaba un vaso de agua hacia sus labios, extendía la lengua sobre el cristal de manera burda, vulgar, como un perro que lame la superficie de un charco de lluvia, que se mira en ese espejo, se reconoce. Sabía que su olor podría haber funcionado como puerta abierta a la confianza: era, entonces, sentado ahí, un vagabundo que pide un vaso de agua; un hombre solo, abandonado, un paseante que había llamado tres veces a la puerta. La mano con la bolsa de frituras se retiró, dándole tiempo para mirar las ventanas abiertas, el rumor del mar y la luz que entraba, tornándose azul por la influencia de las paredes, como si estuvieran dentro de una pecera. La luz azul. La luz azul en el rostro de *ella*. El coche apagándose. Los pasos —diecisiete, contados una y otra vez—, caminando en el garaje nocturno iluminado por lámparas insomnes. Sólo iba a cerrar la puerta. Sólo tenía que cerrar la puerta. En esto, sentado ahí con su vaso de agua entre las manos, recordó a Echetti, una vez más. "Hay sólo dos posibilidades de conflicto novelesco: la una se cifra en cuanto lo-insólito acontece en un espíritu normal; la otra, por el contrario, acontece cuando lo-normal envuelve, con todas sus sombras, a un espíritu insólito. Adán caminando por la Monte Egmont, deteniéndose a comprar cigarros donde Ruth; caminando por la Monte Egmont sólo para ir a

XVII

Caminé a la cocina, casi sin levantar los pies, y me di cuenta de que Mamá había dejado agua para café en la estufa. Apagué la lumbre. Tomé un cigarro y me fui a la azotehuela a fumar. Desde ahí se escuchaba el silencio de Luly al teléfono. Miró a su alrededor en busca de algo en qué sentarse para fumar mientras se le ocurría qué hacer para detener la llamada. Detrás de las bolsas de croquetas había varios botes de jabón en polvo. Movió las bolsas y tomó uno. Y entonces volvió a pensar en el viaje de su familia a la casa de La Bruja. Para empezar, bajaditos del avión, mi padre quería comprar comida para mí, que debo haber tenido dos años cuando mucho. Nacho, el esposo de La Bruja, se ofreció a llevarlo para comprarla. Debo decir que La Bruja y Nacho tienen un hijo de nombre Georgie. Ellos siempre quisieron que Georgie hubiera nacido blanco y con el pelo claro, pero en cuestiones de genética, sobra decirlo, es difícil hacerse ilusiones, así que tuvieron que conformarse con ponerle un nombre en inglés para no sentirse desplazados en un país donde odian a los mexicanos más que a su propio destino; en una ciudad, Los Ángeles, que los odia más que ninguna otra. Un año después de Georgie nací yo. Bellit, pelirroja, ojos azul-verdoso, siempre fue considerada un hallazgo en su familia, que buscaba la mejora de la especie en todo momento. De origen libanés, su padre no era lo que se puede decir el candidato perfecto para cumplir con dichas pretensiones. Es por eso que cuando en el hospital, a

través del vidrio que separaba las cunas del pasillo, todos en la familia buscaban un bebé moreno y ojeroso, de pelo negro debajo del turbante, grande fue la sorpresa que se llevaron al encontrarse con Bellit y su rizo único sobre la frente. Un mechoncito tan rojo que evidenciaba la casi transparencia de su piel, del mismo tono de las mantas que la envolvían. Fue una patada en el culo para el resto de la familia. ¡Cómo decirles, miren todas las cosas a su alrededor: hasta donde alcance su vista, todo eso puede ser de Bellit porque ella es blanca y ustedes no! Se empezaron a hacer cruces sobre mi verdadera procedencia, argumentando incluso que Mamá salía con un escocés de nombre James que en aquel entonces era gerente en el Liverpool donde trabajaba. Yo siempre he pensado que nací blanca y pelirroja por un azar literario, como si fuera personaje de alguna narración exótica del Líbano. No hay manera de comprobarlo, como no hay forma de comprender por qué, a sabiendas de todo esto, mi padre se pudo confiar en que Nacho lo llevara a comprar la comida para su sobrina preferida. Caminaron unas cuantas cuadras, de las interminables y homogéneas que cercan Bradley Avenue para convertirse en la Cuarta, hasta llegar al supermercado local del Valle de San Fernando. Conversaban en español; al entrar al supermercado, no obstante, Nacho empezó a contestarle en inglés a mi padre. Ya ni siquiera concedía una mirada, como si viniera acompañado de un criado o algo similar. Sus pies lo llevaron a la comida para bebés, que según Nacho estaba al final del pasillo principal. El padre de Bellit lo seguía. Hablaba en español sin recibir respuesta, hasta que al fin llegaron. Pero en México la comida para bebés no se guardaba en bolsas grandes, ni tenía imágenes de perros en el empaque. Nacho sonrió. *It's a joke*, dijo. Mi padre —es preciso decirlo— no entendía una palabra de inglés, por lo que a la explicación de Nacho sólo pudo responder con una sonrisa breve, fingida. Se dispuso a tomar una bolsa. Resignado, puso la bolsa en el carrito, pero Nacho no pudo soportarlo y repitió: ¡*It's just a joke*, *Jasso!* Sacó la bolsa y soltó una carcajada que hizo eco en

cada uno de los pasillos del establecimiento. En el recuerdo como en la realidad, no sé si sentir lástima por él o por mi padre y su ingenuidad. Lo que sé es que yo crecí escuchando esas anécdotas. Bellit apagó el cigarro. Caminó hacia la cocina y se sirvió agua para café. Desde ahí veía a Luly repetida tantas veces, calcada de sí misma hasta llegar a esta ocasión y se acordó de la carta de La Bruja: esa fue la primera vez que el teléfono de la casa había servido para mantener alejada a Bellit y su fragmento de familia de La Familia. Y había funcionado.

XVIII

¿Cuánto falta?, pregunté. No sé, pero el agua ya se siente cálida. Yo creo que falta poco. El agua está igual de helada, César, dijo tía Bicha. Todos reímos. Seguimos, pisando charcos, pisando piedras. César escaló una roca más, llegó hasta la cima y puso sus manos en la cintura, observando hacia el frente, hacia el otro lado, el lado que Bellit no alcanzaba a ver por estar todavía abajo, detrás de la roca. César se volvió hacia ella, sonrió, dijo, estirando la mano para que Bellit la alcanzara: ¿ves?, te dije que no faltaba mucho. Bellit tomó la mano de César como un niño toma la rama de un árbol para escalarlo. Sus dedos de pulsera querían cerrarse sobre su muñeca pero no fueron suficientes, por lo que él la cargó, recargándola contra su cuerpo, abrazándola, y la ayudó a dar un paso hacia arriba. Otro más, tratando de no resbalarse, un último esfuerzo y llegó a la cima, junto a César. Desde ahí, rodeados de un sinfín de árboles que se mecían de un lado a otro por el viento, se veía el final del río, el principio de la caída de una cascada escondida entre las rocas gigantescas.

XIX

Hay cosas en los diarios que ni siquiera están dedicadas a una, que sólo vienen como pájaros y se quedan en el borde de la hoja, esperando. Que ni tú misma entiendes por qué escribes, Bellit. Pero es como todas las cosas que llenan a tu familia. A tu tía Sofía, por ejemplo. Mamá está desayunando ahora en casa de Sosó. Como su cuerpo, la casa debe estar ya vieja. Pero tía Sosó siempre ha tenido un gusto especial por las cosas que parecen caras y no lo son, por lo que estoy segura de que la casa debe aparentar más valor con el paso de los años. Recuerdo el comedor, donde había cuadros de repujado que mi tía hacía: piezas de latón sobre las que se pone una especie de mapa de puntos, dibujos que se deben calcar con la herramienta que empuja el metal para que, del otro lado, se vean en alto o bajorrelieve. Un busto de Nefertiti; un bodegón; Don Quijote y Sancho; y dos caballos del viejo oeste norteamericano, todos enmarcados en rectángulos de madera barnizada y cubiertos con cristal azul. Demasiada clase para una sola familia, supongo. Porque nada de eso era cierto y todos lo sabíamos. Recuerdo la sala, blanca. Ya debe estar gris, llena de pelusa, como si fuera el lomo de aquellos caballos corriendo por el desierto de Green Valley, en Arizona. Mamá debe estar pasando un rato de lo lindo allá. Imagino a Sosó presumiendo los huevos con salchicha en una sartén con teflón al centro de la mesa. Imagino a Mamá, ansiosa por encender un cigarro. Lo único que no se permi-

te en la casa de Sofía es fumar. Claro que antes, cuando los llegábamos a visitar, dejaba que Mamá prendiera un cigarro en el patio trasero. Para que no se huela la casa, ¿ok? Cosas que vienen al diario, que aparecen, que dictan una farsa mal escrita de la que ya soy parte. Hasta hoy en la mañana tenía ganas de ir para ver a mis primas. Creía que serviría de algo hablar con ellas, platicar. Mejor, sin duda, el diario. La última vez que las vi fue en la graduación de prepa de Mony. Unas semanas antes, Mamá y yo habíamos ido a comprar la cena de Navidad al Aurrerá de Perisur. Bellit estaba en la fila para recibir la ensalada y el espagueti. Un brazo emergió desde los demás cuerpos a su alrededor. Se volvió hacia la derecha y vio el rostro de Sofía, la boca, de cuyos labios emanaban gritos dirigidos a la señorita empaquetadora, que qué clase de servicio podían dar con ese tipo de empleados incompetentes. Yo he estado en los supermercados de Chicago, de Boston, de New Jersey, señorita, y allá, ¡allá sí se respetan los números de las personas! No crea que porque la gente no viene cuando la llaman significa que ya se fue. ¡Falta de ética, *for God's sake*! Bellit tenía una mano sobre la barra y con la otra sostenía el papelito con su turno. ¡¿A quién está atendiendo?!, gritó Sofía para enfrentarse al cliente que le había robado su oportunidad. La señorita empaquetadora me señaló con la vista. Sosó dio media vuelta y me miró. ¡Hija, qué milagro! ¿Dónde está tu mamá?, preguntó. Fue a ver si todavía alcanzaba una hogaza de pan… Hogaza, hija. ¡Pero qué palabras usas! Pero, cuéntame, ¿qué pasó con tu papá?, cerraron la constructora, ¿verdad?, me enteré que están viviendo con un tipo al que tu mamá le lavaba la ropa. Y por cierto, ¿sigue dando servicio de lavandería? Pero dime, dime: ¿qué dice tu papá?, ¿ya lo corrieron de la casa?, ¿y tu mamá cómo sigue?, supe que se había puesto mal de la gastritis. Cuéntame. No recuerdo a qué cosas asentí y cuáles negué. Las familias deben tener secretos. Los necesitan. Y aun cuando éstos sean sabidos por todos, hay que seguir sembrándolos. Luly llegó con el pan dentro de una bolsa. Ella y Sofía se saludaron, ambas con una

sonrisa extendida que anulaba cualquier pregunta. Pues que la Baby se va a graduar de la prepa, dijo Sofía, refiriéndose a Mónica, prima de Bellit. A ver si nos acompañan, ¿no? La recepción de la fiesta va a ser en el World Trade Center. Sí saben dónde es, ¿verdad? Mamá y yo negamos con la cabeza y tía Sosó comenzó a hacer lo que se suponía sería el croquis en una servilleta. Me sentía aturdida, cansada también. En los supermercados me siento parte de lo que se vende. Hay un orden especial, una pasividad que me bloquea y entonces comienzo a recorrer los pasillos como un ciego recorre las páginas de un libro. Me gusta sentir esa especie de libertad. Por eso el miedo. He llegado a pensar que un día, de un momento a otro, el gerente del supermercado va a cerrar las puertas y todos los que quedemos seremos vendidos después en saldos irrisibles. Somos lo que se compra y vende, y me asomé al carrito de supermercado donde tía Sosó llevaba sus compras. Un paquete de comida congelada, nuggets, tal vez; una bomba destapacaños; cremas y pociones para el rostro y el cuerpo; un abrelatas eléctrico. Miren lo que conseguí, dijo, refiriéndose a este último, no saben cuánto tiempo llevaba buscándolo. Fíjense que lo había visto allá en New Jersey y me quedé con ganas de tenerlo. Es lo más práctico: pones la lata abajo, aprietas un botón y la cosa esta de arriba empieza a girar presionando la tapa. Tiene una cuchilla que corta el metal, etcétera, etcétera, etcétera. Mi tía Sofía, quien siempre odió que le dijeran Chofis, estaba completa, realizada con ese abrelatas. Era un logro y Mamá extendió tanto la sonrisa que terminó abriendo los labios y tuvo que preguntarle dónde estaban los abrelatas eléctricos para conseguir uno igual. No importa, no importa, aquí está su invitación para lo de la Baby, dijo, extendiendo la servilleta garabateada con la hora y fecha del evento. Vayan. Nos despedimos. Al llegar a la casa, Carlos nos recibió las cosas. Mientras fuimos al supermercado, mis hermanos y él habían puesto el árbol de Navidad. Ahora que lo pienso, por esos días había muchas cosas que nos alejaban de la familia. Carlos Íñigo era, sin

duda, una de ellas. Vivíamos con él, como bien había dicho tía Sosó, porque la compañía constructora donde trabajaba mi padre había cerrado luego del error de diciembre, hacía un año. Fue un año difícil. Tuvimos que dejar de ir a escuela de paga, Mamá y mi padre se pelearon y Carlos tomó las riendas de nuestra familia. Ahora él nos festejaba los cumpleaños, firmaba nuestras boletas de calificaciones y ponía, con mis hermanos, el árbol de Navidad.

XX

Para no seguir con las digresiones, una confesión: antes de comenzar la escritura tácita de esto me propuse dos cosas fundamentales: uno, no apartarme del propósito primero (mismo que, en cuanto presente a Lucien —si es que llego a hacerlo en algún momento—, explicaré a grandes rasgos) y, dos, serle fiel al texto original. Al caos original. Un libro es en realidad la suma de muchos otros libros distintos, tantos como el Lector pueda imaginarse, pero especialmente tres: el libro que el autor piensa, el que el autor escribe y el que Lector lee. Digamos que esto (esta carta o este libro) es eso mismo, sólo que sin máscaras. O eso quiero que sea. Una de las primeras cosas que pensé en cuanto supe que tú existías fue que no quiero volver a usar máscaras con nadie. O, bueno, no sé si con nadie, pero sé que no contigo. Contigo quiero ser *una* solamente —aunque sé que esa es tarea harto difícil, casi imposible: para ti quisiera ser esa Nada que me asustaba en mi niñez más temprana, sólo que a la inversa: un paisaje que siempre puede ofrecer más, pero no para cercar con la lejanía sino para proteger, un *landscape* (me gusta el término en inglés porque es como decir una "tierra de escape") donde puedas descansar cuando quieras, un paisaje en el que siempre puede agregarse *un nuevo árbol bajo el cual sea posible dormir tranquilamente*, *a su sombra*, *como los niños duermen bajo el ruido de la luz*… Esa frase es de Lucien. Lucien. La punta del hilo en esto. A falta de la descripción gráfica baste decir

que Lucien es un niño que se divierte jugando a que escribe libros, pinta, toca la guitarra y lee (eso sí, mucho, pero mucho más que yo) y habla (muchísimo menos que yo y que cualquier otra persona que conozcamos) de todo y en todos los aspectos. La especialización, no importa si en física cuántica o literatura epistolar del siglo XVII francés, es, a mi modo de ver, la verdadera, la única pesadilla de Lucien. Empieza una cosa, la conoce, se desenvuelve bien en ella y luego la abandona. Yo le digo que la suya es una tarea literaria: las pequeñas batallas son su fuerte, muy al contrario de todas esas personas que luchan años y años con un libro, con un cuadro, con una enfermedad. No imagino a Lucien corrigiendo un libro, sentado, sin salir durante años, para que no tenga una coma de más; sentado así, años, en un mismo sitio. Imposible. Por eso quiso dedicarse a la poesía, porque cada verso terminado es una batalla que se le gana al tiempo. A pesar de eso, es claro que de la poesía nadie vive, o, para ser honestos, viven sólo aquellos que, o bien no son poetas o no están comprometidos con su poesía, en caso de que de hecho *sean* poetas. Los que conocen a Lucien le dicen que nunca va a terminar nada porque todo es demasiado corto o demasiado largo para él. Lo que la gente no sabe es que mientras ellos buscan la especialización para tener una suerte de seguridad, esa misma seguridad es lo único que Lucien no necesita, o no al menos en un solo lugar, como si el aire a su alrededor fuera el sitio del cual pudiera asirse. Lucien es un lugar común: cientos de personas iguales a Lucien, pero sólo un solo Lucien. Y bien, si tenemos a Lucien no hace falta pensar demasiado para saber qué es lo contrario: la naturaleza misma del odio es la de ser inmediato, la de buscar sólo la inmediatez, a diferencia de lo otro, que pretende ser eterno *porque ha sido y es*. Lo que no sé es si dotar o no de una imagen tangible, es decir, si dessimbolizar el símbolo del odio a través de una determinada idea, imagen. No sé si hacerlo aún. Si debo hacerlo…

XXI

Pero faltaba algo; ella lo había visto tres semanas antes de la muerte del abuelo, cuando hubo ido a cuidarlo por última vez. Esa tarde, al llegar, percibió un aroma penetrante, ácido, aunque por alguna circunstancia había pensado todo lo contrario. "Una cosa es lo que es", había oído decir a su padre. "Una cosa es una cosa", había dicho Luly después de él, quince, quizá diecisiete años ha, mientras caminaban por Manhattan. *Una cosa es*, habían dicho sus padres, como al unísono, después del desmayo, después del hombre que había venido siguiéndolos desde la Setentaidós y Central Park. En las manos de su padre, el mapa turístico donde sólo él entendía los apuntes que iba haciendo, marcando una ruta inexistente —más bien como si intentara copiar en la realidad esa mítica vuelta trazada en sus sueños, donde trataba de descifrar los laberintos del orbe en busca de la piedra filosofal—. Bellit había observado al hombre, les había advertido, pero nadie había escuchado: los seguía, caminaba a su ritmo, hacía las mismas pausas, fumaba, los veía desde el otro lado de la calle, entre los autos y su perfume de humo por donde la mirada del hombre se abría camino hasta llegar a ellos. Bellit tomó la mano de su padre, cerró los ojos. Al abrirlos y encontrarse de nuevo con la imagen del hombre, esta vez más cerca de ellos, a unos pasos solamente, sintió por la piel el mismo ardor que la abrazó cuando, al abrir la puerta en la casa del abuelo, un olor penetrante, ácido, le llenó la nariz, los pul-

mones, la vista incluso. Esa vez en New York, lo sabía muy bien, fue miedo: temía que aquello que sus padres decían en todo momento pudiera concretarse: un hombre puede venir y llevarte; no volveríamos a saber de ti. Por eso tienes que estar siempre con nosotros, tomarnos de la mano. En la casa del abuelo, cuando la puerta se abrió —y ella trató de asirse al viejo tocadiscos de tío Jannie, lo primero que estaba a la izquierda al entrar en la casa, en un afán por no desmayarse como aquella tarde en New York—, el aroma, una vez que se había apoderado de ella, le hizo recordar esta escena en Manhattan, pero también el miedo a ser descubierta, atrapada. Su mente volvió a cuando estaba en los últimos asientos de una sala en la Cineteca, sola, mirando *Hiroshima Mon Amour*. A su alrededor, una suerte de incertidumbre, la misma que le había golpeado las sienes, dejándola sin fuerza, a expensas de lo desconocido, tantas veces, en tantos desmayos. "La familia es para siempre", decía Luly cuando visitaron las ruinas de una modesta vivienda en Queens.